

MEMORIA DE SARAH KOFMAN

SARAH KOFMAN, *Calle Ordener, calle Labat*, cuatro.ediciones, Valladolid, 2003.

Las últimas reflexiones que Sarah Kofman dejó escritas en este libro —breve y sobrecogedor— parecen necesarias para comprender la obra y la vida de la autora, y quizá también su muerte. Si bien al leer *Calle Ordener, calle Labat* encontramos un texto autobiográfico, ello no impide efectuar una lectura profunda, en clave filosófica y hasta psicoanalítica, de su vivencia parisina de la ocupación alemana. La propia Sarah Kofman da todas las indicaciones para ello. En el relato de su infancia, rompe el silencio (olvido sólo en apariencia) que había mantenido sobre aquello que durante el nazismo fue su mayor pérdida: su libertad, su familia y su cultura religiosa. Luis Aragón González apunta en el prefacio a esta edición que Kofman comienza siguiendo el rastro sin huella de su padre. Éste, Bereck Kofman, fue asesinado en Auschwitz, «ese lugar donde ningún Reposo podía, ni debía, ser respetado» (p. 32). De él, rabino y, por tanto, hombre estricto en el cumplimiento de los ritos judíos, sólo conservó un objeto que un día extrajo del bolso de su madre: la estilográfica con la que ella escribiría este libro. Su escritura, por tanto, sigue y remite al padre. Tal y como advierte, su recuerdo de todo aquello se convierte en un mandato, en un imperativo que le fuerza a escribir (con esa vieja pluma): «Es probable que mis numerosos libros hayan sido vías transversales obligadas para conseguir hablar de *ello*» (p. 25).

Ante la mirada expectante de sus seis hijos, el padre prefirió no esconderse y entregarse al policía que un día fue a buscarlo a su casa. Nunca lo volvieron a ver ni a tener noticias suyas, a excepción de una postal. Aquella letra pertenecía, sin embargo, a otra persona, pues la postal estaba escrita en francés y sus padres, polacos instalados en Francia, nunca aprendieron el idioma. En ella informaba de su deportación y pedía que le enviaran cigarrillos. Luego, con el paso de los años sabría que fue un judío «colaboracionista» quien lo mató. A partir de este primer episodio violento (esta *marca*) de su niñez, reconstruye no sólo el carácter atento pero serio y distante del padre, sino

también el ambiente de estricta religiosidad y temor en que vivían. El padre, que pasaba la mayor parte del tiempo en la sinagoga, representaba para ella el cumplimiento de la ley judía: ayunar los días en que fuese preciso, respetar el Sabbat, realizar cuidadosamente todos los preparativos necesarios para cada fiesta, etc. Una vez deportado, será la madre la que asuma este papel. Pero cuando las redadas se hacen más frecuentes y ya ni siquiera puede enviarlos a la escuela, oculta a todos sus hijos en distintas direcciones de Francia. A todos menos a Sarah que, tras mucha resistencia, logra permanecer junto a ella. Esta permanencia se convertirá, sin embargo, en una convivencia cada vez más hostil. Al verse forzadas a abandonar el domicilio familiar de la calle Ordener, se esconden en distintos lugares, hasta que acaban por instalarse en casa de una mujer en la calle Labat. Este alojamiento, provisional en principio, duró toda la guerra. Al comienzo, la mujer convenció a su madre para que la ocultase con los curas de la calle Notre-Dame-des-Champs. Para ello debía ser bautizada, «si bien el bautismo siempre podía anularse después de la guerra» (p. 59). Así que un día fueron y, mientras las dos mujeres hablaban del problema con el reverendo, ella aprovechó para escaparse. Desde entonces permanecieron en la calle Labat. Este cambio supuso mucho más que un simple traslado. Sus prácticas judías, representadas por su madre y sus vivencias familiares en la calle Ordener, entran en conflicto con ese nuevo *mundo* de normas que descubre en la calle Labat. Se produce en ella un profundo desgarramiento entre su *pertenencia* y su voluntad de transgredirla ante el conocimiento de dicha posibilidad. Cada vez más cerca de Mémé (así llamaba ella a aquella mujer), que con su cariño llega a ocupar el lugar de la madre, podía sentirse un poco más libre pese a la terrible situación de clandestinidad en que se encontraban. Al alejarse progresivamente de la madre biológica lo hace también de sus orígenes.

Como no salían de la casa por temor a ser descubiertas, prácticamente vivían en una de las habitaciones. Su madre cocinaba comida *kaseré* e intentaba que sus vidas no cambiasen más de lo necesario. Pero pronto, la gran dependencia que antes sentía hacia ella fue sustituida por admiración hacia Mémé:

«A sabiendas o no, Mémé había conseguido esta proeza: alejarme de mi madre, aun viviendo con ella. Y también del judaísmo. Había velado por nuestra salvación, si bien no carecía de prejuicios antisemitas [...]. También decía: 'la comida judía es nociva para la salud; los judíos crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo; todos son avaros y sólo les gusta la pela (sic); son muy inteligentes, ningún otro pueblo ha dado tantos genios en música y filosofía'. Y me citaba a Spinoza, a Bergson, a Einstein, a Marx. De sus labios, y en este contexto, oigo, por vez primera, estos nombres que tan familiares me resultan hoy» (p. 69).

Mémé decidió hacerse cargo de Sarah, de su alimentación, su ropa, estudios e ideas sobre la vida. Comenzaron a salir juntas a la calle, haciéndose pasar por madre e hija. Se sentían tan cómodas interpretando esta farsa que llegaban a olvidar cuál era la verdadera situación. Mémé era muy exigente en todo lo relativo a su aprendizaje, la reeducó prácticamente por completo. Según Kofman, siempre la tenía muy entretenida estudiando y leyendo, tanto que en ocasiones no se acordaba de su madre. Curiosamente en ningún momento menciona el nombre de ésta. Parece que al reconstruir su *búsqueda del padre ausente* también rememora el *rechazo hacia la madre presente*. La repentina mudanza de la calle Ordener a la calle Labat supuso un cambio progresivo en sus costumbres y afectos, una huida en busca de refugio y un tipo de vida en la que las antiguas normas no significaban nada; en el que podía demostrar sus sentimientos y deseos, y en el que no tenía que sufrir las consecuencias de ser judía. De hecho, cuando se había acostumbrado a esta nueva vida y a sus nuevas prohibiciones, se produjo la liberación de París, y con el fin de la guerra se cumplió su mayor pesadilla. Tuvo que abandonar a Mémé y volver forzosamente con su madre y

hermanos. Éste fue un proceso muy dramático, lleno de intentos de fuga, de correspondencias secretas y de encuentros que con el paso del tiempo serían cada vez más esporádicos.

En la interpretación que hace del cuadro de Leonardo da Vinci (aquel «cartón de Londres» que Sarah Kofman puso en la portada de *La infancia del arte*), Freud ve que las dos mujeres (la Virgen y Santa Ana) inclinadas sobre el niño Jesús representan las dos *madres* del pintor: la biológica de la que estuvo separado y la madrastra a quien adoraba. Kofman subraya el paralelismo existente con su propia experiencia. Al describir aquellos detalles de su infancia que más le impresionaron y que quedaron grabados en su memoria, confiesa su doble *traición*: hacia el amor de la madre y el judaísmo (la Ley) del padre. Sin duda, el tono personal y carente de pretensiones de su relato podría prestarse a un análisis político de lo que significó aquel terrible período para la comunidad judía en toda Europa. No a partir del testimonio de una persona que sufrió en un campo de concentración, sino de quien permaneció escondida, siempre con la angustia de ser descubierta.

El problema del nazismo y el antisemitismo también aparece en otros de sus libros, entre ellos *Comment s'en sortir?*, *Paroles suffoquées* o *Le mépris des Juifs*¹, del mismo año que el que aquí nos ocupa. En este último, subtítulo *Nietzsche, les juifs, l'antisemitisme*, analiza los textos en que el filósofo exalta o critica el judaísmo con el fin de cuestionar las interpretaciones que defienden su antisemitismo. Pero lo que *Calle Ordener, calle Labat* plantea, sin afectación ni victimismo, es la compleja cuestión del judaísmo en relación con su propia memoria y su infidelidad a los mandamientos del padre.

Dácil ÁLAMO SANTANA

¹ *Comment s'en sortir?*, Galilée, Paris, 1983; *Paroles suffoquées*, Galilée, Paris, 1987; *Le mépris des juifs. Nietzsche, les juifs, l'antisemitisme*, Galilée, Paris, 1994, traducido al español como *El desprecio de los judíos. Nietzsche, los judíos, el antisemitismo*, en Arena Libros, Madrid, 2003.